

Waldo Medina

20. set. 20 / 1956

Las Traganíqueles Matan

YA no basta con oprimir al pueblo sino que mediante la más descarada y desenfundada explotación del juego lo quieren corromper. Oprimir y enviciar



siempre fueron la acción y el efecto simultáneos y constantes de las tiranías, aun de aquellas que se llamaron ilustradas como la del Dr. Francia en el Paraguay de fines del siglo XVIII y principios del XIX y la de la época vesánica de la reina María Luisa en España con su corte de favoritos con mando como Don Manuel Godoy que no se embozaba para llevar a su real amante a la calle de Las Tapadas, de tan obscura cuanto picaresca fama en Madrid. Que beban y jueguen hasta que el pueblo se duerma sobre naipes y vinos, era el santo y seña de aquellos gobernantes. Así, se decían, no habrá rebeliones, porque se entretiene la gente con los dos únicos vicios que sacan de sí a las almas y las bestializan, el juego y el alcohol.

Medio y fin rufianescos en nada diferentes al célebre "pan y circo" utilizado en la Roma imperial y decadente para envilecer a la plebe. Los prostíbulos rivalizaban con las casas de juego. Ayer como hoy, ese triptico trágico e ilícito de mujeres fáciles, de bebida o drogas estupefacientes y juego de azar han bailado y gozado juntos y revueltos para azote y ludibrio de la pobre humanidad. Sin embargo, los malos gobernantes de aquellos ominosos tiempos tenían a su favor la triste virtud pecadora de no enriquecerse con la explotación de los vicios. Si algunos validos se aprovechaban de eso lo hacían a su cuenta y riesgo, pero nunca por expreso

o tácito consentimiento de los altos dignatarios que usufructuaban el poder.

Una civilización materialista —tanto tienes tanto vales, de señor don dinero— que no profesa más religión que la del dólar, influye por modo decisivo y de necesarias relaciones de vecindad en nuestras encanalladas y contrabandeadas costumbres. Por miles fabrican y embarcan las endemoniadas y tramposas máquinas jugadoras, bautizadas con el nombre gandío de traganíqueles. Autoridades aduanales extranjeras se han visto obligadas a ocupar carentoso cargamento de ellas, destinadas, como el opio de Hong Kong, a La Habana, que se pasea, oronda y redonda, entre las primeras ciudades capitales del vicio en el mundo frívolo y licencioso donde reina la ambición desmedida, el enriquecimiento sin causa y a toda costa, la especulación con el amor y el dolor, el trabajo esclavizante y la ignorancia expreso del pueblo.

Bajo el pretexto de incrementar el turismo se conceden patentes de curso desmoralizante a rumbosos hoteles, nite-club y cabarets para que jueguen con todo hasta con la vida de la familia cubana cuyas mujeres, por cientos, se buscan y cotizan para que suelten los pulmones, y lo otro, en noches y madrugadas etílicas, cual paraísos artificiales bajo las estrellas del Trópico. En todos estos parajes y los demás de nombres exóticos, pero bien disimulados con fachadas decentes y de asombrados y sombreados árboles de calles y barriadas recoletas, funcionan las traganíqueles y el lucrativo sistema de las contribuciones al margen de la ley tributaria.

Conozco un famoso cabaret, que sólo en una noche, esas malditas máquinas de juego le produjeron la exorbitante ganancia

de cuatrocientos pesos como suma del 30 por ciento de lo que se habían tragado. ¡Hay que imaginar lo que obtuvieron los que las operan en la Capital y en el resto del país!

No se puede con ellas. Siempre ganan y nunca pierden.

Un día, por mera experiencia, palanqué una de esas tales, traganíqueles, luego de observar cómo otros incautos perdían y perdían sin recoger más de cinco o seis medios en poco menos de una hora de su funcionamiento. Esta pintando ganancia, me dijo uno, Meta otro níquel y péguele duro! Perdí también. No podía ser de otro modo. Para eso están preparadas. Al día siguiente lei en la prensa el suicidio del infeliz obrero de las Minas de Matahambre porque había echado, níquel a níquel, en toda una noche terrible de "ir por el desquite", quinientos pesos que había economizado del trabajo heroico en el profundo pozo sin luz de la mina, y decidí escribir estas denunciadoras cuartillas. Y me acordé del discurso en la Academia de Artes y Letras de La Habana de Don Enrique José Varona en diciembre 22 de 1921, que había leído unos días antes: "La capital de la República ha llegado a competir con el famoso Monte Carlo. El Estado cubano da el ejemplo. Tres veces al mes se establece la gran ruleta en la lotería nacional. Niños asilados son los ministros de la ciega diosa, y, como recompensa y estímulo, se les paga por el trabajo y nada se les cobra por la lección... El juego en Cuba parece tomar los signos de la vesania".

¡Triste destino de las generaciones futuras! Con el vicio están sacrificando a las presentes. De estos árboles saldrán aquellos frutos raquíticos y ácidos. ¿No habrá castigo para los culpables? La historia dirá la última palabra.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA